

UN HEMISFERIO PARA EL OCCIDENTE: LA ESTRATEGIA ROOSEVELTIANA ENTRE AMÉRICA LATINA E ITALIA EN VÍSPERA DEL SEGUNDO CONFLICTO MUNDIAL

Luca Castagna
Università degli studi di Salerno

La Primera Guerra Mundial representó un pasaje muy importante para la afirmación de la potencia estadounidense a nivel global. A pesar del fracaso –causado por la actitud negativa de los franceses y los ingleses– el revolucionario y palingenésico proyecto de paz elaborado por Woodrow Wilson, que como es notorio había sido condensado en los Catorce Puntos en enero de 1918, demostró por primera vez y de una manera sorprendente cómo desde el Viejo Continente el centro propulsor de la diplomacia internacional se estaba deslizando más allá del Atlántico¹.

Si bien es verdad que la rotunda auto-exclusión de los Estados Unidos de la Sociedad de las Naciones contribuyó a aumentar el índice de inestabilidad que marcó las relaciones internacionales durante la década de la posguerra, también es innegable que la acción estadounidense en aquel período se caracterizó por un notable activismo en el ámbito económico y comercial, induciendo a Washington a asumir, muy a menudo, una posición de guía en las iniciativas más relevantes de aquella época. En otras palabras: “tra stabilità internazionale, primato statunitense e recupero dei crediti si venne a determinare un’interconnessione strettissima”². Diferentemente calificada como

1. La política estadounidense hacia Europa en la primera posguerra es trazada por F. Costigliola, *Awkward Dominion. American Political, Economic, and Cultural Relations with Europe, 1919-1933*, Cornell University Press, Ithaca (NY), 1984 y M.P. Leffler, *The Elusive Quest. America's Pursuit of European Stability and French Security, 1919-1933*, North Carolina University Press, Chapel Hill (NC), 1977. Por los aspectos económico-financieros, cfr., en cambio, E.S. Rosenberg, *Financial Missionaries to the World. The Politics and Culture of Dollar Diplomacy*, Duke University Press, Durham-London, 1999, pp. 97-121.

2. M. Del Pero, *Libertà e impero. Gli Stati Uniti e il mondo 1776-2006*, Laterza, Roma-Bari, 2008, p. 238.



“independiente”, “conservadora” y también “normal”³, la política exterior de los Estados Unidos durante la primera posguerra retomaba algunos de los fundamentos de la anterior temporada progresista, como la confianza wilsoniana en la opinión pública y la convicción taftiana sobre la naturaleza necesariamente cooperativa de las relaciones interestatales; pero por otra parte confirmaba, después de la fuerte decepción por la manera en que la Guerra se había concluido, la voluntad de autonomía e independencia de los vínculos y de las alianzas permanentes. Se trataba, por lo tanto, de un acercamiento prudente, que procedía del delicado escenario de los primeros años veinte, que renunciaba a las responsabilidades de la nueva fundación del sistema internacional, prefiriendo, en lugar de éstas, la solución de problemas específicos. No se trataba de desinterés, pues, ni tampoco de aislacionismo egoísta, sino de un selectivo compromiso de cooperación movido por el convencimiento de que la primacía madurada durante el conflicto pudiera garantizar la capacidad de influenciar las elecciones de las demás potencias⁴.

Las que pusieron en práctica esta política fueron, a pesar de algunas diferencias, las tres administraciones republicanas del período 1921-1933, que después de la victoria en las elecciones del Congreso de 1918 reconquistaron el control del Ejecutivo luego de ocho años de gobierno demócrata. Por el *Grand Old Party* fue un período de predominio absoluto. Después de haber sido incitada por más de una década por los profetas de la reforma a cambiar el mundo y a ayudar a los demás, la mayoría de los electores estadounidenses ya no aguantaba los enormes sacrificios causados por la guerra, la áspera diatriba interior sobre las modalidades de la paz y los “berrinches” de lo poco fiables aliados europeos, así como tenía miedo de la excepcional oleada de choques raciales y de clase que se produjo en 1919 y de la fuerte recesión económica, la más grave de los años noventa del siglo XIX. Estos tipos de sentimientos se habían difundido transversalmente tanto entre los profesionales, o sea aquella *upper-middle class* que había sido una de los componentes principales de la coalición progresista y que ahora temía la violencia de los radicales y de los trabajadores en huelga, como entre muchos de los grupos étnicos, en particular los

3. Las tres definiciones se encuentran en T. Guinsburg, “The Triumph of Isolationism”, en G. Martel (ed.), *American Foreign Relations Reconsidered, 1890-1993*, Routledge, London, 1994, pp. 90-105; R.D. Schulzinger, *U.S. Diplomacy since 1900*, Oxford University Press, Oxford, 2007; F.A. Ninkovich, *The Wilsonian Century. U.S. Foreign Policy since 1900*, Chicago University Press, Chicago, 1999, pp. 78-105.

4. Cfr., entre todos, el clásico y de alguna manera insuperado S. Adler, *The Uncertain Giant, 1921-1941: American Foreign Policy Between the Wars*, Collier Books, New York, 1965.



irlandeses, los italianos y los alemanes, que consideraban los Acuerdos de Versalles demasiado filo-ingleses⁵.

Desde este punto de vista, la secuela de la Gran Guerra influyó cada aspecto de la realidad estadounidense. Desde los estilos de vida hasta los modelos de consumo, desde la organización del sistema de producción hasta las dinámicas interétnicas, interculturales e interreligiosas, desde las formas de participación política hasta la misma definición por parte de los grupos dirigentes de las prioridades tanto de política exterior como de política interior, la experiencia bélica contribuyó a acelerar procesos de transformación ya empezados y desarrolló al mismo tiempo una impetuosa oleada nacionalista que por variedad expresiva y por sus raíces en el tejido nacional representó una experiencia esencialmente inédita⁶. En ese marco, una matriz muy numerosa de ciudadanos estadounidenses –en la que, advierte Michael Parrish, coexistían “posizioni di vario genere, dal nazionalismo emisferico estremistico al pacifismo puro e semplice”⁷– siguió durante todos los años veinte juzgando la intervención de 1917 como un error aterrador, una decisión que había determinado sólo el sacrificio de centenares de soldados, la desintegración económica, la erosión de las libertades civiles y un acuerdo de paz forzado y para nada clarividente en Europa.

Precipitadamente dejadas de lado las intenciones idealistas y pa-lingenésicas del wilsonismo y cogiendo la onda de la frustración por los resultados de la guerra, el cauteloso internacionalismo estadounidense y con éste la rugiente prosperidad económica tan decantada por los republicanos, fueron duramente agitados por la Gran Crisis económica que se abrió en octubre de 1929 y que, como hace notar Mario Del Pero, habría “premessò l’avvento, breve ma radicale, di un isolazionismo che non aveva precedenti nella storia del paese”⁸.

Por lo menos al principio, Franklin Delano Roosevelt se mostró absolutamente de acuerdo al paradigma aislacionista de los años que precedieron su llegada a la Casa Blanca. Protagonista del más radical experimento reformista para permitir a los Estados Unidos salir de las arenas movedizas de la depresión económica, el “apóstol del nuevo curso” –como lo definió en mayo de 1934 el reverendo William D.

5. Entre las obras que alumbran la presencia de ánimo de la posguerra en los Estados Unidos, cfr., como ejemplificación, W.M. Tuttle Jr., *Race Riot: Chicago and its Red Summer of 1919*, Illinois University Press, Champaign (IL), 1996², pp. 242-268.

6. Para un amplio análisis sobre el argumento, empíese por J. Higham, *Strangers in the Land. Patterns of American Nativism, 1860-1925*, Rutgers University Press, New Brunswick-London, 2004⁶, pp. 264-299.

7. M.E. Parrish, *L'età dell'ansia. Gli Stati Uniti dal 1920 al 1941*, il Mulino, Bologna, 1995, p. 512.

8. M. Del Pero, *Libertà e impero*, cit., p. 245.



O'Brien, presidente de la *Extension Society* de Chicago⁹ –, no quiso que su pasado wilsoniano e internacionalista acabase erosionando el consentimiento que había conquistado con mucho trabajo en la marcha hacia el cargo presidencial, y para no repetir los mismos errores de Wilson que no había tenido en cuenta la opinión pública ni el contexto político interior dentro del cual se tomaban las decisiones, atribuyó desde el principio más importancia a la reanudación económica y a los intereses nacionales que a la cooperación internacional. Aun deplorando los excesos retóricos de Gerald Nye y de los demás aislacionistas intransigentes en el Congreso, Roosevelt condujo, por lo tanto, una política exterior fuertemente nacionalista durante la mayor parte de sus dos primeros mandatos¹⁰. En marzo de 1933, durante su emocionante discurso inaugural, pronunció una sola frase respecto de la cuestión de las relaciones con el exterior: “nel campo della politica mondiale –dijo– io vorrei dedicare questa nazione alla politica del buon vicinato [...] cioè di quel vicinato in cui ognuno è deciso a rispettare i diritti degli altri”¹¹. Indudablemente vagas y genéricas, y además reveladoras de una incertidumbre relacionable con aquel bagaje de posturas contradictorias que había caracterizado su parábola política¹², las palabras del neoelegido Presidente se presentaban, sin embargo, como el resultado de un cálculo preciso. Siendo un hombre político tan hábil –un verdadero “alambrista”, según la célebre definición de Warren Kimball¹³–, Roosevelt en efecto evitó sistemáticamente exponerse a los prejuicios populares, sobre todo cuando estos significaban hostilidad y rechazo respecto a Europa.

Una acción de Estados Unidos junto a Europa, de otra parte, era dificultada por la permanencia de antiguos convencimientos y por la multiplicación de problemáticas contingentes. Roosevelt actuó en consecuencia. Como se sabe, antes actuó para que el *iter* legislativo por la aplicación de las disposiciones de la Conferencia sobre el Desarme de Ginebra estuviese enarenado para no enfrentarse con el “potente” Foreign Relations Committee del Senado; luego asestó un verdadero golpe de gracia al principio de la estabilización monetaria

9. Cfr. W.D. O'Brien, “The New Deal in Religion”, en *Extension*, 1934 (mayo), p. 34.

10. Cfr. W.S. Cole, *Roosevelt and the Isolationists, 1932-1945*, Nebraska University Press, Lincoln (NE), 1983.

11. La traducción en italiano del discurso de Roosevelt es aquella propuesta por M.E. Parrish, *L'età dell'ansia*, cit., p. 513.

12. Véanse, entre otros, A.M. Schlesinger Jr., *The Crisis of the Old Order, 1919-1933, The Age of Roosevelt*, I, Mariner Books, New York, 2003 (Houghton Mifflin Co., Boston, 1956¹) pp. 386-412 y K.S. Davis, *FDR: the New York Years*, Random House, New York, 1974.

13. W.F. Kimball, *The Juggler. Franklin Roosevelt as Wartime Statesman*, Princeton University Press, Princeton (NJ), 1991, pp. 7-20.



internacional cuando criticó muy duramente las delegaciones presentes en la World Monetary and Economic Conference de Londres; por fin, entre 1935 y 1937, después que el Congreso volvió a suspender la participación de los Estados Unidos en las Cortes mundiales, ratificó los tres *Neutrality Acts*, que como se dijo en aquel entonces, hubieran tenido que hacer no lucrativa la guerra, al mismo tiempo hubieran impedido al Presidente auxiliar a las víctimas de una agresión manifiesta¹⁴.

En el clima que se produjo por la crisis de 1929, por el desafío de los revisionismos y por la llegada de los totalitarismos, la ley de neutralidad aprobada por el Congreso en mayo de 1937 representó el tope del viraje aislacionista estadounidense entre las dos guerras mundiales. Ésta, como ya hemos subrayado, exacerbaba solicitudes heterogéneas que se difundieron en los Estados Unidos durante la primera década de la posguerra; pero en su radicalización, acababa arrastrando el país afuera de los binarios de su propia historia, induciéndolo no tanto a tomar una posición de rechazo del mundo exterior, que tenía una larga tradición, como a abandonar también aquella reivindicación mínima que había orientado la política exterior estadounidense desde los orígenes de la república: la defensa de los derechos de neutralidad y la posibilidad de comerciar libremente también en los tiempos de guerra de los otros, tanto para beneficiarse económicamente de estas guerras como para usar el comercio como instrumento de presión sobre la conducta de las demás potencias¹⁵. No se trataba, por lo tanto, de un regreso al pasado sino de un “salto nel vuoto dalle fondamenta assai fragili”¹⁶, que como revelaba la extrema heterogeneidad político-cultural del frente aislacionista, contribuía a erosionar rutas medianas y a favorecer, por el contrario, el regreso de un internacionalismo radical y no disponible a compromisos.

La idea de que los Estados Unidos tuviesen que apartarse de los acontecimientos internacionales – europeos sobre todo– se fundaba en una doble tesis: que ante todo fuera posible mantener una equidistancia política, estratégica y hasta moral en caso de nuevos conflictos; y que ninguna de estas posibles guerras hubiera podido poner en pe-

14. La evolución de la legislación neutralista en esta fase es examinada diligentemente en W.L. Langer, S.E. Gleason, *The World Crisis of 1937-1940 and American Foreign Policy*, I, *The Challenge to Isolation, 1937-1940*, Harper, New York, 1952, pp. 13-51.

15. Según F. Ninkovich, *Modernity and Power. A History of the Domino Theory in Twentieth Century*, Chicago University Press, Chicago, 1994, p. 108: “by renouncing the sanctity of the principle of neutral rights they [Estados Unidos] also rejected, at least by implication, the traditional assumption upon which neutral rights were based: that there existed an economic interdependence among nations from which it was intolerable to be cut off”.

16. M. Del Pero, *Libertà e impero*, cit., p. 250.



ligro el interés nacional de los Estados Unidos, y con él su misma naturaleza e identidad, como una nueva participación bélica estadounidense¹⁷. El desenvolvimiento de las vicisitudes en Asia y Europa —de manera particular la guerra italo-etíope, la contemporánea ocupación alemana de la orilla izquierda del Reno, y además el siguiente estallido del conflicto fratricida español y la consecuente alineación entre Roma y Berlín— desmintió de una manera clamorosa las premisas del aislacionismo y puso fin al espejismo de que los Estados Unidos pudiesen seguir desinteresándose, bajo el plan político-diplomático, de las cuestiones internacionales.

Bastante antes del hundimiento del *Panay* por los japoneses (el 12 de diciembre de 1937), Roosevelt, sin abandonar la línea de la no intervención, sintió la obligación de expresarse sobre el renovado conflicto en el Extremo Oriente, sobre las violencias en curso en España, sobre el ataque fascista en África Oriental —que condenó desde el punto de vista moral, dejando no obstante que los proyectos de ley gracias a los cuales él habría tenido la facultad de limitar el volumen de las exportaciones de petróleo y de las materias primas que no entraban ni en la ley de neutralidad ni en las sanciones aplicadas por la Sociedad de las Naciones a Italia (el 7 de octubre y el 18 de noviembre de 1935), estuviesen arrinconados para no alienarse el apoyo de los exportadores y de los italoamericanos en vista de las elecciones presidenciales¹⁸— y sobre el golpe de mano efectuado por los nazistas en Renania.

Pero hubo un cambio fundamental en 1937 cuando las tropas japonesas se estrellaron con el ejército chino y Japón invadió China y se abrió un conflicto que duró hasta 1945. Roosevelt, entonces, pronunció uno de sus discursos más célebres. El 5 de octubre, en Chicago, verdadero cuartel general de los aislacionistas, él dijo: “Quando comincia a diffondersi un’epidemia di malattie fisiche, la comunità approva e promuove la decisione di mettere in quarantena i pazienti per proteggere la salute della comunità dalla diffusione della malattia”¹⁹. Denso de metáforas de larga tradición, el discurso dejaba sinn resolver muchas dudas. No aclaraba qué quería decir el Presidente con

17. Iluminante, a este propósito, es el tradicional estudio de A.A. Offner, *American Appeasement. United States Foreign Policy and Germany, 1933-1938*, Harvard University Press, Cambridge (MA), 1969.

18. Cfr. D.F. Schmitz, “Speaking the Same Language: the U.S. Response to the Italo-Ethiopian War and the Origins of American Appeasement”, en Id., R.D. Challener (eds.), *Appeasement in Europe. A Reassessment of U.S. Policies*, Greenwood Press, Westport (CT), 1990, pp. 75-102.

19. Reproducido por M.E. Parrish, *L’età dell’ansia*, cit., p. 534. Sobre el discurso de la “cuarentena” véanse también J. McVickar Haight Jr., “Roosevelt and the Aftermath of the Quarantine Speech”, en *The Review of Politics*, 2, 1962, pp. 233-259 y T. Jacobs, “Roosevelt’s Quarantine Speech”, en *Historian*, XXIV, 1962, pp. 483-502.



“cuarentena”, ni tampoco se intentaba preparar a la opinión pública para un inminente cambio de marcha, o si al revés quería sólo tantear las intenciones. En todo caso éste ha sido interpretado en maneras diferentes por los historiadores: premisa de un viraje intervencionista, que se hubiera realizado plenamente con la entrada en la guerra, según algunos; mero alivio retórico, adecuado al estilo rooseveltiano, pero desprovisto de sustancia política y de indicaciones precisas, según otros²⁰. A pesar de no ser seguidas por ninguna iniciativa militar o diplomática, las palabras del Presidente señalaban, de todas formas, una renovada atención hacia las dinámicas internacionales y una disponibilidad a cooperar en oposición a la filosofía aislacionista y anti-intervencionista de aquellos últimos años. Sobre todo, acudiendo a la metáfora de la epidemia y enfatizando el alcance global de la crisis, Roosevelt relanzaba algunas categorías típicas del wilsonismo, como la interdependencia, el riesgo de una difusión pandémica de conflictos regionales, la compactabilidad de las relaciones mundiales; así como, por otra parte, volvía a proponer la visión holística de la seguridad estadounidense y su inseparable atadura con las otras potencias “civilizadas” en la gestión de los asuntos internacionales. Como es notorio, todo eso se tradujo sólo de una manera gradual en una nueva actitud estadounidense en política exterior, porque una viraje en este sentido necesitaba un esfuerzo notable por lo que tiene que ver con la educación de la opinión pública y consecuentemente con la construcción del consentimiento; puntos a los cuales Roosevelt se había dedicado desde su experiencia de gobierno en Albany, e incluso se considera que la suya fue la primera forma madura de “Presidencia retórica”²¹.

Si bien es cierto que el cambio de dirección estadounidense tuvo lugar con mucho cuidado y desde diferentes puntos de vista, no contentó ni a los que dentro y fuera de la administración pedían una ruptura más neta respecto de las elecciones de la fase aislacionista, ni a los que predicaban con intransigencia la posibilidad de la no-intervención. Vale la pena interrogarse sobre el origen de este cambio. Si el envaramiento hacia la Alemania nazista fue por cierto dictado por la conciencia de que las acciones de Hitler en Europa amenazaban con alterar profundamente los frágiles equilibrios globales, Roosevelt

20. Para una reconstrucción del debate historiográfico sobre el cambio de ruta de Roosevelt en política exterior durante la segunda mitad de los años treinta, cfr. J.D. Doenecke, M.A. Stoler, *Debating Franklin D. Roosevelt's Foreign Policies, 1933-1945*, Rowman & Littlefield, Lanham (MD), 2005, pp. 5-92.

21. Cfr. C.A. Smith, K.B. Smith, *The White House Speaks. Presidential Leadership as Persuasion*, Praeger, Westport (CT), 1994, pp. 31-33, 140-143 y D.W. Houck, *Rhetoric as Currency. Hoover, Roosevelt, and the Great Depression*, Texas A&M University Press, College Station (TX), 2001, pp. 168-194.



estaba preocupado de que el dictador alemán quisiese extender sus miras expansionistas al mismo hemisferio occidental, desafiando así la primacía estadounidense en América Latina.

A las naciones del Caribe y a las latinoamericanas, tradicionalmente acostumbradas a las injerencias estadounidenses en sus asuntos internos²², Franklin Delano Roosevelt –y de la misma manera, precedentemente, Herbert Hoover²³– había prometido una era de mayor discreción, o por lo menos de mayor “paridad” respecto del pasado: aquel *good neighbor*, que Mario Del Pero ha definido como la tentativa de “rafforzare i rapporti interamericani entro una cornice multilaterale, nella quale l’influenza degli Usa in America Latina sarebbe stata esercitata con forme consensuali, meno intrusive e spregiudicate”²⁴. En efecto, hubo una cierta ruptura respecto de los esquemas precedentes, sobre todo gracias al hecho que los Estados Unidos, demasiado preocupados por sus problemas internos, querían estimular el comercio con aquellas regiones. Sin embargo, establecida la prioridad de las finalidades evidentemente relacionadas con la necesidad de reforzar los vínculos económicos-comerciales dentro del continente para acelerar la reanudación de la economía y recompensar así el sostén de *lobby* de los exportadores, la política latinoamericana de la administración Roosevelt implicaba claramente motivaciones de orden estratégico-diplomático, no totalmente atribuibles ni al típico esquema “monroiano” del siglo XIX, ni tampoco a la visión hamiltoniana de la *early republic*²⁵. En otras palabras, el “buen vecindario” servía también como medio para rebatir la creciente amenaza nazi-fascista en América Latina con herramientas que no fueran la sencilla retórica panamericanista o las armas.

Comparando la actitud de los Estados Unidos durante la Séptima Conferencia de los Estados Americanos que se desarrolló en Montevideo en diciembre de 1933 con aquella de la Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz que tuvo lugar en Buenos

22. Para una mirada global, cfr., como ejemplificación, D. Steward, *Trade and Hemisphere. The Good Neighbor Policy and Reciprocal Trade*, Missouri University Press, Columbia (MO), 1975; I.F. Gellman, *Good Neighbor Diplomacy. United States Policies in Latin America, 1933-1945*, John Hopkins University Press, Baltimore (MD), 1979; y en italiano, V. Trias, *Imperialismo e geopolitica in America Latina*, Dedalo, Bari, 1973, P.F. Galgani, *America Latina e Stati Uniti. Dalla dottrina Monroe ai rapporti tra G.W. Bush e Chávez*, Franco Angeli, Milano, 2007, pp. 21-23, y G. Palamara, *Nella morsa degli imperialismi. L'America Latina nell'arena internazionale dall'età dei libertadores agli inizi del terzo millennio*, Le Cárity Editore, Firenze, 2011, pp. 102-114.

23. Cfr. A. DeConde, *Herbert Hoover's Latin-America Policy*, Octagon, New York, 1970.

24. M. Del Pero, *Libertà e impero*, cit., p. 249.

25. El enfoque hamiltoniano en política exterior es analizado al detalle por W.R. Mead, *Il serpente e la colomba. Storia della politica estera degli Stati Uniti d'America*, Milano, Garzanti, 2005², pp. 125-141.



Aires tres años más tarde, es posible destacar el progresivo redimensionamiento de la cuestión económico-comercial, con provecho del interés diplomático y por lo tanto del convencimiento de que la mayor cohesión hemisférica pudiese tener recaídas positivas sobre la misma seguridad nacional estadounidense.

El asistente Secretario de Estado estadounidense, Sumner Welles, embajador en Cuba en 1933, fue uno de los primeros en apoyar la necesidad de reforzar las relaciones hemisféricas. Laurence Duggan, responsable de la *Latin America Division* del Departamento de Estado²⁶, dijo que en él las poblaciones latinoamericanas reconocían “a kindred spirit with whom they talk as friend to friend. He had infinite patience and tact and an unrivaled insight into their political problems”²⁷. Fue precisamente Welles quien manejó, junto con la suscripción de numerosos acuerdos bilaterales, los preparativos de la Conferencia de Buenos Aires a finales de 1936, redactando los puntos fundamentales de la agenda del *meeting* y organizando una sucesión de encuentros preliminares con los funcionarios de los gobiernos participantes. Por otra parte, tanto Roosevelt como el Secretario de Estado, Cordell Hull, daban gran importancia a aquel evento: Hull, recordando el éxito del precedente encuentro de Montevideo (1933), pronosticaba un resultado igualmente positivo; mientras que para el Presidente, que viceversa había jugado un papel marginal en Uruguay, era la ocasión para mantener las promesas hechas durante la apasionante campaña electoral recién concluida alrededor de las intenciones de la Administración en América Latina²⁸. No obstante, durante el largo viaje que desde Nueva York lo condujo directamente a Argentina, Roosevelt se percató de la oportunidad de no contenerse, como en cambio estaba previsto en su discurso de apertura, en corroborar genéricamente la voluntad estadounidense de proseguir con el “buen vecindario”. Meditó, más bien, en utilizar aquel fórum hemisférico como un vehículo para hablar a toda la comunidad internacional.²⁹

Mientras que el aplastante triunfo en las elecciones presidenciales lo tranquilizaba en el frente interno, atenuando –por lo menos en apariencia– las polémicas sobre los fracasos de la segunda legislación *newdealista*, la evolución de la situación internacional a finales de 1936 empezaba a ser para Roosevelt motivo de preocupación. El rearme alemán, la guerra entre Italia y Etiopía, el agudizamiento de

26. Cfr. I.F. Gellman, *Good Neighbor Diplomacy*, cit., pp. 15-16.

27. L. Duggan, *The Americas. The Search for Hemispheric Security*, H. Holt, New York, 1949, p. 60.

28. Cfr. I.F. Gellman, *Good Neighbor Diplomacy*, cit., pp. 61-67.

29. Cfr. Id., *Secret Affairs. FDR, Cordell Hull, and Sumner Welles*, Enigma, New York, 2002² (John Hopkins University Press, Baltimore, 1995¹), p. 112.



las fricciones sino-japonesas, y la persistente ineficacia de las acciones promovidas por la Sociedad de las Naciones, no eran claramente señales tranquilizadoras para aquella que hasta entonces había sido –copiando la célebre expresión usada por Joseph Ellis para definir el inmovilismo jeffersoniano en política exterior– la “esfinge americana”³⁰. Por otra parte, en América Latina gozaba Roosevelt de extrema popularidad y esperaba, pues, que el esfuerzo multilateral de paz, que tenía como protagonistas a la casi totalidad de los Estados del continente americano, pudiese de una manera u otra sugerir similares iniciativas en el resto del mundo.

La llegada de Roosevelt a Buenos Aires fue aclamada por decenas de millares de personas, que pudieron asistir al cordial –y simbólicamente significativo– apretón de manos entre el Presidente estadounidense y su homólogo argentino, Augustín Justo. El discurso de Roosevelt, que abrió las labores de la Conferencia Interamericana el 1° de diciembre de 1936, fue –como sigue subrayando Gellman– “the last foreign policy statement of his first term, and he clearly aimed its message to the Old as well as the New World”³¹. Desde aquel momento, en efecto, cada vez más con tenacidad él trataba de introducir los aspectos de la cooperación hemisférica en un horizonte más amplio, que incluyera toda la comunidad internacional. Esperaba, mejor dicho, que la resonancia de sus palabras de paz pudiese difundirse también en la otra orilla del Atlántico. Antes de dejar Buenos Aires reveló al embajador estadounidense en Berlín, William Dodd, testigo directo ypreciado informador de los acontecimientos internos al Reich alemán, su auspicio a sensibilizar la opinión pública europea de la inminente amenaza de la guerra: “that visit will have little practical or immediate effect in Europe, but at least the forces of example will help if the knowledge of it can be spread down to the masses of the people in Germany and Italy”³².

Igualmente preocupados por la actitud alemana, otros dentro de la Administración estadounidense confiaban en la posibilidad de que el mensaje del Presidente fuese escuchado en Europa. Adolf Berle, quien participó a la Conferencia colaborando en la redacción del discurso de Roosevelt y quien pronto iba a ser nombrado asistente Secretario de Estado de los asuntos latinoamericanos, incluso pensó que este último hubiese querido dirigirse más a la opinión pública del Vie-

30. J.J. Ellis, *American Sphinx. The Character of Thomas Jefferson*, New York, Knopf, 1997.

31. I.F. Gellman, *Secret Affairs*, cit., p. 113.

32. E. Roosevelt (ed.), *F.D.R.: His Personal Letters*, I, New York, Duell, Sloan & Pearce, 1950, p. 625.



jo Continente que a la delegaciones de los Estados americanos³³. Y en efecto, Roosevelt había lanzado una admonición de que, por lo menos en las intenciones, tenía que servir a una doble finalidad: sacudir las conciencias del público y de los gobiernos europeos, y preparar a los americanos en la hipótesis de usar los instrumentos multilaterales del “buen vecindario” para predisponer una estrategia común. En uno de los pasajes finales de su discurso en Buenos Aires, él dijo:

“In this determination to live at peace among ourselves we in the Americas make it at the same time clear that we stand shoulder to shoulder in our final determination that others who, driven by war madness or land hunger, might seek to commit act of aggression against us will find a Hemisphere wholly prepared to consult together for our mutual safety and our mutual good”³⁴.

El viaje a América Latina, concluido con una etapa en Montevideo (el 2 de diciembre de 1936), incrementó notablemente la popularidad de Roosevelt en la región. La esperanza de determinar también unas “*moral* repercussions”³⁵ en Europa, se reveló, sin embargo, vana. Además, la continuación de las labores de la Conferencia demostró cómo, más allá de las resonantes declaraciones de la víspera, había múltiples elementos de contraste hacia la prosecución del “buen vecindario”, alimentando, de otra parte, muchas dudas alrededor de la actitud de algunos Estados latinoamericanos hacia los regímenes nazi-fascistas.

En Buenos Aires el ministro de los Asuntos Exteriores argentino, Carlos Saavedra Lamas –sobre cuya conducta ya había manifestado perplejidad el embajador estadounidense, Alexander Weddell³⁶ –, enseguida dio la impresión de que no le agradaba nada un fortalecimiento de las relaciones político-diplomáticas con Washington. Durante un coloquio con William Bullitt, entonces embajador en París, afirmó que no había ninguna amenaza para Suramérica por parte de los Estados europeos, añadiendo que cualquier declaración diferente hecha durante la Conferencia habría corrido peligro de ser inoportunamente leída en el Viejo Continente como “a step toward regional

33. Franklin Delano Roosevelt Presidential Library (de ahora en adelante FDRPL), Charles Taussig Papers, box 21, Welles a Taussig, Buenos Aires, 1 de diciembre de 1936.

34. Todo el discurso se reproduce en S. Rosenman (ed.), *The Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt*, V, New York, Random House, 1938, pp. 604-610.

35. U.S. Library of Congress, Manuscript Division (de ahora en adelante USLC, MD), Arthur Sweetser Papers, Roosevelt a Sweetser, Washington, 9 de diciembre de 1936.

36. U.S. National Archives and Records Administration, Department of State, Record Group 59, 710.Peace/10, Weddell a Hull, Buenos Aires, 12 de octubre de 1935.



exclusiveness and away from universal understanding”³⁷. Despreocupado del obstruccionismo de Lamas, Cordell Hull presentó a los demás delegados el proyecto estadounidense para el mantenimiento de la paz en el continente americano. Desarrollando, por lo tanto, los conceptos expuestos por Roosevelt en su discurso de apertura, la propuesta de los Estados Unidos preveía: que, considerando el progresivo enrarecimiento de las formas de cooperación entre “las Américas” y Europa y la sistemática violación del derecho internacional por parte de algunos Estados europeos, la Conferencia hiciera todo lo posible para revitalizar los acuerdos regionales de paz; que en caso de guerra por fuera del continente, todos los Estados americanos declarasen su propia neutralidad; que dentro del hemisferio, cada nación predispusiese programas de educación de sus ciudadanos hacia los peligros de la guerra; que los mismos sujetos si consultasen por medio de encuentros periódicos respecto de la eventual definición de sus propias estrategias en política exterior; por fin, que se procediera a la disminución temporal de las barreras aduaneras en el ámbito continental³⁸. Sin embargo ninguna de las propuestas de Hull fue aceptada. Lamas rechazó la hipótesis de instituir un comité consultivo interamericano para convocarlo en caso de peligros “externos” por el continente, para exorcizar la expulsión de la Liga de las Naciones. Por otra parte fue acogido el acuerdo promovido por el delegado brasileño, que preveía que el órgano permanente recomendado por los Estados Unidos estuviese reemplazado por una asamblea cuya convocación habría sido fijada cada vez según el previo acuerdo de la mayoría de los Estados³⁹.

El Secretario de Estado estadounidense –quien, como sostiene Gellman, había estado muchas veces a punto de protestar ante el Presidente argentino por el comportamiento de Lamas⁴⁰– y el mismo Roosevelt agigantaron los resultados conseguidos en Buenos Aires. Por otra parte, igual fue la interpretación de Sumner Welles. La Conferencia, en su opinión, había marcado el comienzo de una nueva era en las relaciones panamericanas, consolidando muchos de los vínculos regionales preexistentes. De la misma manera, en una carta del 19 de enero de 1937, subrayó la acción desarrollada por Hull:

37. I.F. Gellman, *Secret Affairs*, cit., p. 115, donde según el autor, la actitud del ministro argentino procedía de meras razones de oportunismo. Condecorado en 1936 con el Premio Nobel de la Paz, además de ser el presidente de la Asamblea de la Liga de las Naciones, se sentía evidentemente vinculado a Europa y no quería que una eventual toma de posición demasiado “dura” de los Estados americanos acabara dañando su imagen dentro de las cancillerías del Viejo Continente.

38. Cfr. *Ibíd.*, p. 116.

39. Cfr. *Id.*, *Good Neighbor Diplomacy*, cit., p. 67.

40. *Id.*, *Secret Affairs*, cit., p. 116.



“the Buenos Aires Conference will always be one of my most thoroughly happy and satisfactory memories, due in very large part to the privilege I was afforded of working with you [...] your personal prestige on the Continent and the confidence which every one of the statesmen of the other American Republics [has] in you, were [...] the chief factors contributing to the success which was achieved”⁴¹.

Además, superar los obstáculos que, aún sólo potencialmente, amenazaban la prosecución de la política del “buen vecindario” llegaba a ser, necesariamente, una prioridad para los Estados Unidos. América Latina corría peligro, en efecto, de transformarse en parte débil del hemisferio occidental, donde el nazi-fascismo, en el caso de que se hubiera impuesto, habría puesto directamente en peligro la seguridad nacional estadounidense.

Como reveló al embajador en Roma, William Phillips, Roosevelt no tenía muy bien clara la situación internacional de los primeros meses de 1937⁴². Pero pasando los meses, el Presidente empezó a tener temor de una posible penetración del nazi-fascismo en América Latina. El curso de la guerra civil en España –y el creciente apoyo de Roma y Berlín a la causa franquista– fungió, desde este punto de vista, de verdadero catalizador. Como bien se sabe, a Roosevelt no lo preocupaban mucho Mussolini y el fascismo. Aunque la esperanza del papel estabilizador de Italia no hubiera sido cumplida después de la agresión a Etiopía, el Presidente temía sobre todo el nacional-socialismo alemán⁴³. “I don’t care so much about italians. They’re a lot of opera singers – dijo al ministro de la Justicia, Francis Biddle – but the Germans are different, they may be dangerous”⁴⁴.

El *Anschluss* de marzo de 1938 y luego la crisis de Mónaco en septiembre del mismo año, disiparon cualquier duda alrededor de las verdaderas aspiraciones hitlerianas: los Estados Unidos no podían continuar inactivos ante la escalada nazista y la contemporánea pasiva actitud de las democracias europeas. Después de la Conferencia que

41. USLC, MD, Cordell Hull Papers, box 40, Welles a Hull, Washington, 19 de enero de 1937.

42. Con más precisión, Roosevelt escribió: “What a confusion it all is. Every week changes the picture and the basis for it all lies, I think, not in communism, or the fear of communism, but in Germany and the fear of what the present German leaders are meeting for or being drawn toward” (reproducido en R.P. Traina, *American Diplomacy and the Spanish Civil War*, Indiana University Press, Bloomington, 1968, p. 108).

43. Sobre este aspecto véanse los iluminados estudios de G.G. Migone, *Gli Stati Uniti e il fascismo. Alle origini dell’egemonia americana in Italia*, Feltrinelli, Milano, 1980, pp. 289-317 y de D.F. Schmitz, *The United States and Fascist Italy, 1922-1940*, North Carolina University Press, Chapel Hill (NC), 1988, pp. 153-171.

44. Las palabras del Presidente son reproducidas por M.P. Friedman, *Nazis and Good Neighbors. The United States Campaign against the Germans of Latin America in World War II*, Cambridge University Press, Cambridge (MA), 2003, p. 9.



se desarrolló en Baviera, que de hecho abrió el camino a la expansión alemana hacia el Este, Roosevelt equiparó el comportamiento de Inglaterra y Francia con el de Judas Iscariote, atribuyéndoles la responsabilidad de haber decretado el fin cierto del pequeño y débil Estado checoslovaco⁴⁵. De aquí la decisión, asumida con el objetivo de contrastar el pacto tripartito entre Berlín, Roma y Tokyo –que, como recuerda MacDonald, juzgaba como una “global conspiracy to coordinate aggression”⁴⁶–, de acelerar la participación del país en los asuntos europeos, por medio del apoyo económico y del abastecimiento de material bélico a París y Londres; y además la aprobación de medidas dirigidas a la potenciación de la marina militar, que como se sabe, aseguraron a los Estados Unidos una mayor posibilidad de controlar las rutas comerciales en el Atlántico, relegando las restricciones impuestas por los *Neutrality Acts* en los años precedentes⁴⁷.

Inevitablemente la preocupación de la cumbre estadounidense alrededor del curso de los acontecimientos europeos procedía también de las noticias que en aquella fase tan excitada derivaban de España. Fortalecida en los primeros meses de 1938 la idea de que la Guerra Civil española representara un posible modelo para la penetración del nazi-fascismo en el hemisferio occidental, tal preocupación empezó desarrollarse en la visión de Roosevelt y de sus más estrechos colaboradores. En América Latina, los alemanes habrían podido incitar el estallido de conflictos fratricidas, reservándose la facultad de intervenir en un segundo momento mediante su propia aeronáutica militar como ya lo habían hecho para ayudar a Franco. En los Estados Unidos, por otra parte, diversos observadores habían remarcado esta posible analogía entre el escenario español y el latinoamericano. El famoso periodista y científico político Livingston Hartley, por ejemplo, en 1937 escribió alrededor de una “imminent eruption of civil conflict all over Latin America, patterned after the carnage in Spain”⁴⁸.

Enseguida Roosevelt expresó sus preocupaciones. El 20 de abril de 1938, durante una conferencia de prensa en la Casa Blanca, dijo:

45. Cfr. H. Ickes, *The Secret Diary of Harold L. Ickes*, II, Simon and Schuster, New York, 1954, p. 484.

46. C. MacDonald, “Deterrent Diplomacy: Roosevelt and the Containment of Germany, 1938-1940”, en R. Boyce, E.M. Robertson (eds.), *Paths to War. New Essays on the Origins of the Second World War*, Macmillan, London, 1989, p. 301.

47. Para una mirada global cfr. B. Farnham, *Roosevelt and the Munich Crisis. A Study of Political Decision-Making*, Princeton University Press, Princeton (NJ), 1997, pp. 173-227.

48. L. Hartley, *Is America Afraid? A New Foreign Policy for the United States*, Prentice-Hall, New York, 1937, citado en D. Tierney, *FDR and the Spanish Civil War*, cit., p. 81. En general, véase D.G. Haglund, *Latin America and the Transformation of American Strategic Thought, 1936-1940*, New Mexico University Press, Albuquerque (NM), 1984, pp. 58-63, 88-99.



“Suppose certain foreign governments, European governments, were to do in Mexico what they did in Spain [...] Suppose they would organize a revolution, a Fascist revolution in Mexico. Mexico is awfully close to us, and suppose they were to send planes and officers and guns and were to equip the revolutionists and get control of the whole of Mexico and thereupon run the Mexican government, run the Mexican army and build it up with hundreds of planes. Do you think that the United States could stand idly by and have this European menace right on our borders? Of course not”⁴⁹.

De otra parte, en aquel momento, noticias poco reconfortantes llegaban también al embajador en Madrid, Claude Bowers, quien en una comunicación del 9 de mayo de 1938 escribió a Roosevelt: “If fascism wins in Spain, it will mean a tremendous impetus to fascism in Latin South America”⁵⁰. Durante el verano, Roosevelt incluso sembró la alarma en el Primer Ministro canadiense, W.L. Mackenzie King, alrededor de la posibilidad de una inminente revolución en América Latina organizada por Italia y Alemania⁵¹. También la prensa empezó a acreditar la hipótesis de la “contaminación” nazi-fascista en América del Sur. En un artículo aparecido en *The Nation* después de la tentativa fracasada de golpe de estado en Chile, por ejemplo, se lee:

“Just as Spain was invaded because of its strategic importance in a possible war of the fascist poker against France and Great Britain, so Latin America is being contended for as a base of operations from which Germany’s military, naval, and air forces might launch a decisive attack on the United States and the Panama Canal in the upcoming world war”⁵².

Una vez más el embajador Bowers, el 24 de octubre de 1938, dio a conocer a la Casa Blanca que “Hitler and Mussolini are working on South America [...] They are organizing a fascist organization in Franco Spain of all South and Central Americans living in Spain”⁵³. Mientras tanto, desde Brasil el escenario político pintado por la cumbre gubernamental se presentaba extremadamente delicado. En el mes de noviembre el ministro de Asuntos Exteriores brasileño, Oswaldo

49. S. Rosenman (ed.), *The Public Papers*, cit., pp. 225-226.

50. Bowers a Roosevelt, Madrid, 9 de mayo de 1938, en D.B. Schewe (ed.), *Franklin D. Roosevelt and Foreign Affairs, January 1937-August 1939*, X, Clearwater, New York, 1979, p. 24.

51. Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, Department of State (de ahora en adelante FRUS, DS), 1938, V, Roosevelt a King, Washington, 18 de agosto de 1938, pp. 38-39.

52. El artículo se encuentra en D.G. Haglund, *Latin America*, cit., p. 88.

53. Bowers a Roosevelt, Madrid, 24 de octubre de 1938, en D.B. Schewe (ed.), *Franklin D. Roosevelt and Foreign Affairs*, cit., XI, p. 427.



Aranha, informó a Sumner Welles de los planes de conquista alemanes, que habrían seguido, después de la desastrosa tentativa de *putsch* del mayo precedente, “by fomenting disorder, devolution and civil wars, in order to justify an intervention similar to that in Spain”⁵⁴. Una larga lista que indicaba cómo era de fuerte la percepción del peligro de la penetración nazi-fascista en las Américas, a lo cual se sumó el testimonio de otro importante representante de la diplomacia estadounidense en aquella fase, el ex embajador en Roma, Breckinridge Long, que desde hacía varios meses obraba en América Latina como enviado extraoficial de la Casa Blanca para monitorear la situación en el área y que había logrado, junto con la *intelligence* brasileña, interceptar algunas comunicaciones enviadas por el general alemán Von Horntz y Ribbentrop, en las cuales se hacía referencia a los preparativos para una insurrección armada apoyada por los nazis⁵⁵.

La Octava Conferencia Panamericana de Lima (diciembre de 1938) adquirió entonces una importancia extraordinaria. Tomando nota de los errores cometidos en Mónaco por las delegaciones inglesa y francesa, Roosevelt confió en la cita peruana para elaborar, junto con los otros Estados del continente, una estrategia de mediación que fuese capaz de acabar la Guerra Civil en España. “The President is thinking in large lines –escribió Adolf Berle en un *memorandum* del 1° de noviembre de 1938– [...] he would be prepared to name a three-man commission to govern Spain for a period of months, then gradually to associate Spaniards and so ultimately to bring back a Spanish government”⁵⁶. El mismo Berle, con la ayuda de James Dunn, un oficial del Departamento de Estado, preparó el borrador del mensaje de Roosevelt, que habría sido leído al comienzo de las labores de la Conferencia. Corroborada la necesidad de acabar con las injerencias de los demás Estados en la vicisitud española, el Presidente –se lee en uno de los pasajes que concluyen el documento– habría pedido “the declaration of an armistice between the contending forces which shall last for the period of one year, to be declared by both sides, with the understanding that during that year an attempt shall be made to reconstitute a unified Spanish nation”⁵⁷. Una comisión nombrada por él y compuesta tanto por nacionalistas como por republicanos, “although in a private capacity and not representing the Government

54. Aranha a Welles, Río de Janeiro, 8 de noviembre de 1938, en *Ibíd.*, XII, p. 101.

55. Welles a Roosevelt, Washington, 15 de diciembre de 1938, en *Ibíd.*, pp. 318-322.

56. FDRPL, Adolf A. Berle Papers, Latin American Republics, box 62, *memorandum*, Washington, 1 de noviembre de 1938.

57. *Ibíd.*, *memorandum*, Washington, 10 de noviembre de 1938.



of the United States”⁵⁸ habría debido, además, garantizar el respeto de la libertad religiosa en el país. Conscientes del hecho de que hubiera sido difícil convencer las dos adversas “facciones” a entablar una negociación, los autores del “borrador” remarcaron:

“Both sides have given heroic devotion to any deal which both sides in different manner profess: a renascent, resurgent Spain; a Spain conscious of herself, proud to make her ancient and independent contribution to the world; a Spain maintaining inviolate her greatest traditions, yet bringing to the service of each of her people the best of modern though”⁵⁹.

Revisado y eventualmente controlado, el documento habría sido de todas formas presentado a la Conferencia de Lima, “acting in the right which its constituent nations have to claim recognition for the interests of humanity and of civilization”⁶⁰

Sin embargo el proyecto de Roosevelt –que como anotó Berle, estaba en total armonía con la nueva actitud del Presidente en política exterior⁶¹– naufragó. Charles Thomson, de la *Foreign Policy Association*, dijo que la Conferencia “refused to take action on mediation in the Spanish Civil War and avoided discussion of the refugee questions”⁶². Para adherir a la propuesta estadounidense de mediación, la mayoría de los Estados latinoamericanos pedía que estuviesen garantizados dos requisitos: el secreto de una posible acción y la implicación del Vaticano. A pesar de que en aquella fase las relaciones entre la Casa Blanca y la Santa Sede se habían reforzado notablemente gracias a la visita a los Estados Unidos del Secretario de Estado del Sumo Pontífice Pío XI, Eugenio Pacelli, y a la obra de mediación con el gobierno de Washington por parte de algunos destacados líderes de la jerarquía eclesiástica estadounidense –en particular, del obispo auxiliar de Boston, Francis Spellman, y el cardenal arzobispo de Chicago, George Mundelein–, el reconocimiento vaticano del gobierno de Burgos, *de facto* en agosto de 1937 y luego de *jure* en mayo del año siguiente, complicaba notablemente las cosas⁶³. Faltaba, por otra parte, el ele-

58. *Ibid.*

59. *Ibid.*

60. *Ibid.*, Proposed Telegram from the Lima Conference to the Spanish Government and to General Franco, s.d.

61. Berle a Roosevelt, Washington, 19 de noviembre de 1938, en D.B. Schewe (ed.), *Franklin D. Roosevelt and Foreign Affairs*, cit., XII, pp. 135-136.

62. Citado en D. Tierney, *FDR and the Spanish Civil War*, cit., p. 119.

63. Cfr. P. Preston, *Franco. A Biography*, Harper Collins, London, 1993, p. 277 y A. Rhodes, *The Vatican in the Age of the Dictators, 1922-1945*, Hodder and Stoughton, London, 1973, pp. 113-130. Sobre el diálogo entre Estados Unidos y Santa Sede en la segunda mitad de los años treinta y sobre sus repercusiones respecto a la política exterior estadounidense, véanse, en particular, G.Q. Flynn,



mento del secreto con los embajadores de Inglaterra y Francia quienes demostrando estar perfectamente al corriente de la iniciativa que los Estados Unidos, se hallaban a punto de proponer en la Conferencia Panamericana, habían manifestado al Departamento de Estado su propia benevolencia hacia esta hipótesis⁶⁴.

Sin el solicitado apoyo vaticano y desatendida la petición de secretismo, las delegaciones de los Estados latinoamericanos que ya en 1937 habían manifestado algunas condiciones respecto de una posible acción junto a los Estados Unidos⁶⁵, exteriorizaron su propio desacuerdo durante la Conferencia. Con la complicidad del obstruccionismo de Argentina, que no quiso denunciar el peligro de una posible penetración del nazismo en el sur del continente, Cordell Hull tuvo que esforzarse notablemente para convencer a los otros representantes de aprobar una resolución compartida.

Objeto de interpretaciones discordantes por parte de los historiadores⁶⁶, la Declaración de Lima (el 24 de diciembre de 1938) no contenía ninguna referencia a la cuestión de la Guerra Civil española y la eventual obra de mediación de los Estados americanos, limitándose en cambio a afirmar genéricamente su intención de obstaculizar cualquier tentativa de agresión exterior hacia el continente y corroborando, de una manera un tanto imprecisa, la posibilidad de activar mecanismos de consulta en caso de que uno de los firmantes hubiese sido agredido militarmente por parte de Estados extracontinentales. Samuel Inman, especialista de cuestiones latinoamericanas, que había participado en la Conferencia como consejero externo de la delegación estadounidense, fue uno de los primeros en levantar unas perplejidades alrededor de lo hecho por Cordell Hull en Lima, y lo acusó de excesiva inclemencia y de tener una mentalidad demasiado cerrada y provinciana⁶⁷. Según el Secretario de Estado, en realidad el resultado

Roosevelt and Romanism. Catholics and American Diplomacy, 1937-1945, Greenwood Press, Westport (CT), 1976 pp. 29-62 y L. Castagna, *Un ponte oltre l'oceano. Aspetti politici e strategie diplomatiche tra Stati Uniti e Santa Sede nella prima metà del Novecento (1914-1940)*, il Mulino, Bologna, 2011, pp. 223-336.

64. Es lo que se destaca, por ejemplo, de las comunicaciones habidas entre Jay Pierrepont Moffatt, responsable de la División de Asuntos Europeos del Departamento de Estado Estadounidense, Cordell Hull y Sumner Welles (cfr. FRUS, DS, 1938, I, pp. 257-260, 368-369, 374-375).

65. Las posiciones de los Estados latinoamericanos fueron compendiadas por el primer Secretario de la embajada estadounidense en Cuba, Willard Beaulac, en un *memorandum* del 20 de diciembre de 1937 dirigido a Hull. FRUS, DS, 1937, I, pp. 466-467.

66. Según I.F. Gellman, *Secret Affairs*, cit., pp. 156-157, "the Declaration of Lima, issued in late December, became a reflection of hemispheric unity and the United States delegation's quest to condemn foreign aggressors". Con minor énfasis, D. Tierney, *FDR and the Spanish Civil War*, cit., p. 120, considera, en cambio, que "the final Lima Declaration did little more than provide the grounds for future consultation".

67. Cfr. USLC, MD, Samuel Inman Papers, box 36, *memorandum* Hull, s.d. (probablemente, diciembre de 1938).



alcanzado en Perú fue el mejor posible. Ya el 17 de diciembre él había comunicado a Welles los dos proyectos de acuerdo presentados por Cuba y Argentina, mostrando cómo en las dos hipótesis de una implicación directa en la vicisitud española, hubiera sido juzgada inoportuna; mientras, sobre todo para los cubanos, que no subestimaban las posibles repercusiones de la guerra civil, habría sido deseable hacer apelación de paz⁶⁸. Dos días después, Hull sugirió que se pospusiera cualquier decisión alrededor de España, para no dar a la opinión pública la impresión que la Conferencia quisiese ocuparse principalmente de asuntos exteriores al continente y para no fomentar las resistencias de los Estados de América del Sur, ya sospechosos de que Washington apostaría a “usarlos” para legitimar el cambio de ruta de la administración en política internacional⁶⁹. La réplica del embajador cubano en los Estados Unidos – “the only truly courageous speech”⁷⁰, según *The Herald Tribune*– fue durísima:

“For its transcendent universality and for its American significance the grave tragedy of Spain cannot be ignored by the New World, nor considered removed from its vital interests and therefore outside the scope of this assembly [...] the great sorrow of Spain are also the interests of America”⁷¹.

Entrampado en las cadenas del *appeasement* que él mismo había contribuido a forjar, Roosevelt prestaba atención al desenvolvimiento de estos trágicos acontecimientos con una mezcla de repugnancia y resignación, y seguía enviando señales a sus consejeros, a los ingleses, a los franceses y al propio Hitler. Y eso que una primera hendidura en la pared del aislacionismo estadounidense había empezado a abrirse. El 4 de enero de 1939, durante el habitual discurso sobre el estado de la Unión, el Presidente denunció de manera explícita y con un lenguaje radicalmente diferente del metafórico y vago de octubre de 1937, los peligros procedentes de la agresión nazi-fascista. Desde aquel entonces y hasta la entrada del país en la guerra después de los hechos de Pearl Harbor, él había obrado para transformar la “esfinge americana” de “arsenal de las democracias” a fundamento de la Gran Alianza, que impidió a los descabellados proyectos hitlerianos realizarse.

68. Hull a Welles, Lima, 17 de diciembre de 1938, citado en D. Tierney, *FDR and the Spanish Civil War*, cit., p. 120.

69. Hull a Welles, Lima, 19 de diciembre de 1938, citado en *Ibíd.*

70. “Lima Conference”, en *The Herald Tribune*, 21 de diciembre de 1938, en FDRPL, Gardner Jackson Papers, box 44.

71. *Ibíd.*



El internacionalismo estadounidense y la convicción de que la causa de la democracia no pudiese prescindir de la participación de los Estados Unidos en las vicisitudes europeas, fueron despertados por las exhortaciones británicas y la sensibilidad de Franklin Delano Roosevelt, quien con la misma destreza y el mismo coraje con el que había sabido fijar un “nuevo curso” en la política interior en 1933, supo superar las oposiciones del Congreso y movilizar así la nación en la lucha contra las potencias del Eje Roma-Berlín. En este proceso, América Latina –o sea aquel “vecindario” con el cual la Administración estadounidense había intentado establecer una relación más colaboracionista y menos desequilibrada– fue el blanco de todas las miradas: una especie de laboratorio de inquietudes y preocupaciones por el desarrollo de la escalada nazi-fascista y al mismo tiempo el punto de partida para volver a afirmar la inviolabilidad del hemisferio “monroiano”, extendiéndola a aquel espacio, a aquella dimensión geohistórica tan controvertida como imprescindible, que es el Occidente⁷².

(Traducción del italiano de Maria Rosaria Colucciello)

72. Cfr. G.K. Haines, “Under Eagle’s Wing: The Franklin Roosevelt Administration Forge san American Hemisphere”, en *Diplomatic History*, 1, 1977, pp. 373-388.